

mentos mismos de la fe. Para comenzar, el autor se plantea si es posible una reflexión racional sobre la fe. Evans señala que, aunque la fe no se base en las razones que podemos aportar en su apoyo, es legítimo y tiene un gran valor mostrar la racionalidad de la opción de fe cristiana. Sigue, así, una posición muy similar a la que sostiene la teología católica.

El segundo tema tratado es el de los argumentos a favor de la existencia de Dios. El autor hace notar, por una parte, que el planteamiento de estos argumentos se hace de un modo demasiado absurdo de manera que no son comprensibles por muchas personas; por otro lado, destaca que las disposiciones morales de las personas son decisivas para comprender o no una argumentación. Para Evans podemos afirmar la existencia de Dios basándonos en la idea de «caso acumulativo». Desde esta perspectiva —muy extendida en el ámbito anglosajón— aunque cada uno de los argumentos no proba, el conjunto de ellos haría razonable aceptar la existencia de Dios. A continuación va exponiendo diversas argumentaciones a partir del misterio del universo (se fija en su contingencia, orden y finalidad), el misterio del orden moral (la conciencia del deber apunta a un orden objetivo y real) y el misterio de la persona, que en su naturaleza y deseos (de vida eterna, de sentido) apunta a Dios.

Una vez desarrollado este tema se dedica a explicar la peculiar revelación de Dios en Jesucristo. Para ello esboza primero unos argumentos acerca de la historicidad de Jesús y la fiabilidad de los Evangelios. Seguidamente aborda la cuestión central: los motivos para creer en Jesús. Evans destaca entre estos motivos la persona misma de Jesús y las afirmaciones que realizó sobre sí mismo, la resurrección y los milagros, a los que dedica una especial atención.

En los últimos capítulos el autor intenta afrontar algunas objeciones al cris-

tianismo. Entre ellas se ocupa del problema del mal, de la acusación de que el cristianismo contradice a la ciencia y de que es sexista y, por último, de la cuestión del pluralismo religioso.

En general Evans se muestra mesurado y equilibrado en sus opiniones, que pueden ser compartidas por los lectores católicos. El libro está escrito en un estilo periodístico, lo que lo hace muy atractivo. Es un buen ejemplo de esa apologética sencilla y directa que tan buenos maestros ha tenido —pienso en Chesterton o Lewis— en el mundo anglófono.

F. Conesa

TEOLOGÍA DOGMÁTICA

Bruno FORTE, *La Chiesa della Trinità. Saggio sul mistero della Chiesa comunione e missione*, «Simbolica ecclesiale n. 5», ed. San Paolo, Cinisello Balsamo 1995, 386 pp., 15 x 22. ISBN 88-215-2959-2. *La Iglesia de la Trinidad. Ensayo sobre el misterio de la Iglesia comunión y misión*, ed. Secretariado Trinitario (col. «Agape» 14), Salamanca 1996, 377 pp., 14 x 22. ISBN 84-88643-27-6

El autor es profesor de Teología Dogmática y Decano en la Facultad Pontificia de Teología de la Italia Meridional (Nápoles). Es bien conocido por sus numerosas publicaciones, entre la que destaca la «Simbólica eclesial», o exposición de la fe cristiana que el autor está llevando a cabo en los últimos años. El libro que ahora nos ocupa es el n. 5 de esa serie, que ha sido editado ahora en castellano por la editorial salmantina.

La Iglesia de la Trinidad es un tratado abaricante de eclesiología en el que la impronta trinitaria se refleja no sólo en el título que lleva, sino en la misma exposición de la materia. La Primera Par-

te «De Trinitate Ecclesia», se detiene en el *origen* trinitario de la Iglesia. La Segunda Parte «Sanctorum Communio», aborda la *forma* trinitaria de la Iglesia. La Tercera y última parte «Ecclesia viatorum», desemboca en el *destino* trinitario de la Iglesia.

A lo largo de las páginas aparece la Iglesia enraizada en el misterio del Dios Trinitario, es decir, como proyecto de Dios de hacer partícipe a la Humanidad entera de su vida. La Iglesia, nacida del corazón del Padre y convocada como Pueblo de Dios, es constituida en el tiempo en Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo (Parte I); de esta manera es llamada a la vez a participar de la vida trinitaria, vida que la configura en su naturaleza (forma de la Iglesia, Parte II), y determina su misión de comunicar el proyecto de Dios a los hombres (parte III). La Iglesia surge «de Trinitate», vive «in Trinitate», se dirige «ad Trinitatem».

El autor comienza su tratado con una reflexión sobre el anhelo humano de unidad y una exposición de la renovación eclesiológica del Concilio Vaticano II comprendida en términos trinitarios. La Parte I se dedica a la Iglesia como Pueblo de Dios Padre, donde entra el tratamiento de la Iglesia en el designio de salvación, el tema clásico de la «Ecclesia ab Abel», las relaciones Iglesia e Israel, y la llamada de los gentiles a la Iglesia. La Iglesia, Cuerpo de Cristo, parte del significado de la Última Cena y de la eclesiología paulina. La Iglesia, Templo del Espíritu Santo, nos introduce en la naturaleza de la comunión eclesial, y aquí trata también de la idea de Tradición y de sucesión apostólica, junto con la «communio sanctorum» en sentido subjetivo y objetivo.

La Parte II, forma trinitaria de la Iglesia, desarrolla la idea de comunión, a partir de la unidad católica enraizada en la eucaristía. La eclesiología eucarística

sirve de eje a la exposición de la Iglesia como «communio ecclesiarum», con una atención especial a la teología de la Iglesia local, así como al ministerio de la unidad en la comunión de las Iglesias: el tema del primado papal y del colegio episcopal. Incluye esta zona el análisis de los grados de comunión y el problema ecuménico. Termina con las dimensiones carismática y ministerial de la Iglesia.

La misión de la Iglesia en la historia es el objeto de la Parte III. Una introducción sirve para acotar lo que el autor llama «modelos históricos de la misión», el sujeto de la misión y sus destinatarios. El tema de la Iglesia en la historia se centra en el análisis de la «laicidad» (o «secularidad») como dimensión de toda la Iglesia, y su realización en la comunión de carismas y ministerios. El último capítulo entra en la índole escatológica de la Iglesia, la vocación universal a la santidad y la figura de María, como «icono» escatológico de la Iglesia.

El libro es una exposición sistemática y ampliada de lo que el autor ya había publicado en obras anteriores como «La Iglesia, icono de la Trinidad», y en «La Chiesa nell'Eucaristia» y «Laicidad y laicidad». En general, el libro está bien conseguido, mantiene la característica del teólogo italiano de exponer la fe católica con un estilo moderno y atractivo, a la vez que sostiene tesis particulares sugerentes, y también abiertas a la discusión teológica, como es el caso de su comprensión del laicado y la secularidad. La «forma» trinitaria de la eclesiología, que forma el hilo conductor del tratado, es un verdadero acierto; así como la inclusión de algunos temas que a veces están ausentes de las exposiciones eclesiológicas, como la llamada universal a la santidad, y el lugar de los santos en la teología.

J. R. Villar